



FACULTAD DE TEOLOGÍA
SAN VICENTE FERRER

ANNALES VALENTINOS

REVISTA DE FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA
Nueva Serie 2019 Año VI/Núm. 11

ÍNDICE

Ambroise Akponi Grâce divine et liberté humaine. Aspect sacramental	1
Antonio Andrés Ferrandis La música de Palestrina en la Capilla del Corpus Christi de Valencia	33
Juan José Garrido Zaragoza El camino del intelecto humano hacia Dios. Breves reflexiones	67
Mario Alberto Haller Aproximación a la reforma protestante desde la catequesis y la liturgia. “Hemos aprendido que lo que nos une es más de lo que nos divide”	85
José Antonio Heredia Otero Valores y virtudes, la necesidad de una conjunción	107
José Lendoiro Salvador Manuel Pérez Arnal y el sindicalismo femenino católico valenciano (1912-1936)	123
Abdón Moreno García Sólo quien conoce a Dios conoce al hombre: Romano Guardini	183
Juan José Garrido Zaragoza Presentación del libro <i>Liberalismo y democracia en la obra de Ortega y Gasset</i> de Angel Peris Suay	201
Recensiones	211
Publicaciones recibidas	235
Fe de erratas	241

RECENSIONES

PATRÍSTICA

LARRÚ, Juan de Dios, *La Iglesia, el lugar de la libertad*, BAC, Madrid 2019, 335 págs.

San Ireneo de Lyon, en los albores de la teología cristiana, afirmaba que “se debe amar todo aquello que pertenece a la Iglesia y es preciso comprender bien la tradición de la verdad” (*Adversus Haereses*, III, IV, I). Hugo Rahner, en su hermosa obra *Símbolos de la Iglesia*, en la que estudia la eclesiología patristica, nos presenta cuatro imágenes fundamentales en esa época: la Iglesia como seno materno para la vida terrena de Cristo; la Iglesia como Virgen puesta sobre la Luna en relación esponsal al Sol, Cristo; la Iglesia, fuente de agua viva, que brota de la herida del costado de Cristo y, por último, la Iglesia como Nave de la salvación que en virtud de la Cruz ha emprendido su viaje hacia su destino definitivo. En estas cuatro imágenes hay elementos comunes. Uno de ellos es que todas ellas están impregnadas de vida, son dinámicas, se refleja un movimiento generativo-materno, esponsal-virginal, doliente-vivificador, náutico-salvador... La teología simbólica de los Santos Padres se ha redescubierto para profundizar en la naturaleza misteriosa y sacramental de la Iglesia.

En la presentación de este volumen, su autor, acreditado profesor de teología moral de la Universidad de San Dámaso de Madrid, escoge y ahonda en la tipología del arca, tan usada en la teología cristiana primitiva. La Iglesia, el madero de la cruz y el agua bautismal son los tres elementos que se entrelazan en la historia del arca.

En la portada del libro se ha elegido la imagen de una bella pila bautismal del siglo VI, conservada en el museo del Bardo (Túnez). Representa la decoración más rica en símbolos encontrada jamás en un baptisterio africano. La inscripción que circunscribe la pila dice: “En tiempo del santo y bienafortunado Cipriano obispo y jefe de esta comunidad con el santo sacerdote Adelfio, Aquinio y Juliana, su esposa junto con sus hijos, Villa y Deogracias, han puesto este mosaico destinado al agua eterna”. Los cuatro cuadrados y los círculos representan las columnas de un baldaquino. Entre el primer y segundo escalón se puede ver el arca de Noé, un vaso, una cruz bajo un baldaquino, una paloma y entre estos

cuatro sujetos cuatro velas encendidas. Entre el segundo y tercer escalón se representa un delfín (símbolo de Cristo) bajo el monograma de Cristo y cuatro árboles: un manzano, un olivo, una palmera y una higuera (símbolos del paraíso o de la Iglesia y de las estaciones o de la renovación con el bautismo). En el tercer escalón se distingue una abeja o una cigarra (símbolos de la generación virginal) y por tres veces un pequeño pez (símbolo de los cristianos nacidos en el agua de la regeneración). Sobre el fondo de la pila se representa el monograma de Cristo acompañado de una alfa y una omega.

¿Es la Iglesia un lugar habitable moralmente? En un mundo caracterizado por los espacios de anonimato (no-lugares) la pregunta se ha vuelto singularmente importante. El volumen analiza esmeradamente la dimensión moral de la Iglesia como un ámbito de auténtica libertad, donde se genera y se madura. Esto es posible llevando el estilo de vida propuesto por Jesucristo. A este respecto, el autor deja bien asentado en sus reflexiones que la Iglesia no pretende colonizar espacios para ejercer un dominio sobre el mundo, sino que genera espacios donde es posible vivir la novedad evangélica que transforma el entorno y las culturas con las que se pone en contacto la fe.

En el pórtico de este libro se presenta la cuestión en un mundo donde la presencia de la Iglesia no es siempre bien comprendida, y donde la Iglesia busca comunicar el Evangelio de modo comprensible al hombre de hoy. El autor describe el complejo y laberíntico proceso de la modernidad, en la que se ha verificado progresivamente una creciente disociación entre la conciencia individual y la comunión eclesial. Las causas y las consecuencias de esta desvinculación sirven de marco para situar la reflexión.

En los capítulos segundo y tercero de este volumen, de carácter histórico, se repasan sintéticamente las tradiciones filosófica y teológica sobre la relación entre morada y moral. Desde los orígenes de la filosofía, la vinculación entre *ethos* y *nomos*, —particularizada primero en Grecia en la relación *ethos-polis (oikos)*, y después en la cultura romana entre *mos-civitas (domus)*—, pone de relieve cómo a lo largo de la historia de la reflexión ética, la relación entre ésta y el habitar humano ha sido permanente. Para M. Heidegger el puente que espacializa y reúne, que en este sentido genera lugares, es la figura paradigmática para explicar que en el habitar radica el ser del hombre.

La tradición teológica se resume con el recorrido de cuatro figuras emblemáticas de cada una de las épocas: san Agustín, santo Tomás de Aquino, san Ignacio de Loyola y el beato John Henry Newman. Son testigos cualificados de cómo se ha visto la Iglesia como lugar de la moral. Para el santo de Hipona, la Iglesia es pueblo y casa de Dios donde se verifica la forma de vida (*forma vivendi*) cristiana. Para el Angélico, que vive también un cambio de época, la Iglesia habita en la novedad evangélica, representada por el régimen de la Ley Nueva. La gracia del Espíritu Santo donada por la fe en Cristo se encuentra en el corazón de la morada eclesial. El Espíritu inclina el afecto e ilumina la inte-

ligencia del sabio cristiano para configurar cristocéntricamente su vida. Por su parte, san Ignacio de Loyola, en el umbral de la modernidad, a través de su conversión del amor cortés con su ideal caballeresco, percibe la importancia de sentir con la Iglesia, y sentir en la Iglesia para servir y amar. Las reglas que ofrece en el libro de sus Ejercicios, a este respecto, particularmente la regla XIII, muestran el espíritu con que San Ignacio va a articular una espiritualidad exquisitamente eclesial. Finalmente, el beato John Henry Newman, que vive la mitad de su vida en la tradición anglicana, va a profundizar sobre el vínculo entre conciencia y verdad, cuya garantía descansa en la Iglesia católica. La experiencia originaria de la conciencia es de carácter religioso. Con la inseparable unidad entre sentido del deber y sentido moral, Newman contribuye a anudar de nuevo religión y ética.

Los capítulos cuarto, quinto y sexto de esta monografía se dedican a presentar tres propuestas contemporáneas sobre la Iglesia como lugar de la moral. En primer lugar, el comunitarismo anglosajón, haciendo una crítica frontal a la ética moderna, va a destacar la necesidad de generar comunidades donde se ejerciten las virtudes propias de la tradición a la que se pertenece. MacIntyre y Hauerwas son los autores que elige el autor como referentes de esta corriente. En segundo lugar, la propuesta proveniente de las teologías de la liberación que articulan el concepto de praxis eclesial, y que interpelan el modo de presencia y el compromiso social de los cristianos en este mundo herido por tantos males e injusticias. En tercer lugar, el modelo de la teología ortodoxa, que recoge la antigua tradición oriental, con un acento fuerte en el anclaje ontológico de la vida cristiana, que se despliega en la acción litúrgica que tiene su centro en la celebración de la Eucaristía. La comunión eclesial se encuentra en la raíz de la identidad cristiana. Aquí los autores elegidos como más representativos son Yannaras y Zizioulas. Las tres propuestas son valoradas exponiendo sus principales luces y sus posibles sombras.

En los dos últimos capítulos del libro, el autor nos ofrece una síntesis de respuesta a la cuestión planteada. En el primero de ellos profundiza sobre la articulación entre eclesiología-cristología-pneumatología en orden a comprender la acción del cristiano a la luz de la acción de Cristo, movida e impulsada por el Espíritu. En el capítulo octavo establece una correlación entre la renovación eclesiológica y la renovación moral durante el siglo XX. A medida que la Iglesia ha ido profundizando en su misterio se ha podido avanzar en la anhelada renovación de la moral; y viceversa, a medida en que se ha ido profundizando en los fundamentos de la moral, se ha comprendido mejor la vocación y misión de la Iglesia en el mundo contemporáneo.

La Iglesia se encuentra en una transición cultural que representa simultáneamente un desafío y una ocasión. La crisis de generatividad en Occidente reclama que la Iglesia sea cada vez más familiar para que pueda generar y regenerar

tanto el sujeto cristiano cuanto el entorno cultural que permite su crecimiento y maduración.

Concluyendo, nos encontramos ante una valiosa obra, que está llamada a prestar un gran servicio a sacerdotes, seminaristas y otros agentes de pastoral, en definitiva, a personas con inquietud vital y, lo creo firmemente, sobre todo a las nuevas generaciones, que se acercan a la Iglesia buscando luz en el camino. En sus páginas, fruto de la madurez intelectual, investigadora y docente del Profesor Larrú, sin duda hallarán respuestas a sus preguntas, respuestas luminosas, convincentes y sólidas. Son respuestas que impiden quedar paralizados ante tópicos manidos o imágenes superficiales y sesgadas que presentan a la Iglesia como realidad vetusta o irrelevante.

Hay que dar las gracias, por tanto, al autor por el esfuerzo realizado en la confección de este libro, cuya publicación es un nuevo servicio que tenemos que agradecer a la prestigiosa editorial BAC. Lo recibimos como un don y como una sugerente reflexión sobre la vida moral de la Iglesia y cómo está llamada a convertirse cada vez más en un lugar acogedor, de verdadera libertad. Porque como afirma san Ireneo de Lyon: “Donde está la Iglesia, allí está también el Espíritu de Dios; y donde está el Espíritu de Dios, allí está también la Iglesia y toda gracia, pues el Espíritu es la verdad (1Jn 5,6)” (*Adversus Haereses*, III, XXIV, I).

Fernando Chica Arellano

ESPIRITUALIDAD

ORBE, A., *Del Olivete al Calvario. Meditaciones de la pasión*, Ed. Didaskalos, Madrid 2018, 504 págs.

Esta monografía del afamado jesuita, padre Antonio Orbe, es una verdadera joya de la literatura espiritual, que gracias a la editorial Didaskalos se ha podido recuperar y publicar de nuevo. A este mismo fin ha concurrido la eximia bondad de don Pablo Cervera Barranco.

Sobre el autor no es necesario decir mucho. De todos es sabido su fecundo paso docente e investigador por la Pontificia Universidad Gregoriana. Son sobradamente conocidos sus luminosos escritos, que han hecho destacar al P. Orbe como uno de los renovadores más conspicuos de los estudios patrísticos del siglo pasado. Además de sus sobresalientes cualidades académicas, muchos guardan en el alma el indeleble recuerdo de la afabilidad de su trato, su exquisita humanidad, su genuina humildad, su piedad sincera.

En la presentación del libro, el Cardenal Luis F. Ladaria, sj, que se auto-define “discípulo del P. Antonio Orbe”, nos ofrece una semblanza en la que se

hace perfectamente comprensible el valor inestimable de las aportaciones de Orbe en el campo de la patrología. Pero este volumen es de espiritualidad. Si en otras obras destaca Orbe por su erudición, aquí lo hace por su sencilla alma de orante, su afecto cordial a Cristo, su devoción y su profundo conocimiento del texto bíblico. El estilo, sin duda, es el mismo, inconfundible en su modo de hablar y expresarse. Pero la sustancia varía. Aquí se nos abre el corazón de la persona, aquí se muestra la raigambre sacerdotal del Autor. Más que el hombre de vasta cultura, más que el profesor, en estas páginas nos habla el sacerdote y el orante, de corazón a corazón.

La editorial Didaskalos, todavía joven, ha ofrecido últimamente a los lectores del mundo de lengua hispana, libros de calado y de fondo, estudios importantes en el ámbito de la teología, la filosofía, la familia, la exégesis bíblica... Ahora nos ofrece una obra de espiritualidad del todo singular. Porque el padre Orbe no practica ese tipo de espiritualidad que se reduce a la “auto-ayuda” o a formas más o menos ingeniosas de psicología religiosa. “Hoy está de moda la espiritualidad –nos dice el Autor–. Mis estudios llevan otro camino” (p. 21). ¿Cuál es ese otro camino?

En primer lugar, su camino es el de una espiritualidad toda ella impregnada de luz evangélica, cosida y pegada al texto bíblico. Basta recorrer su producción literaria en este campo, para descubrir que son siempre lecturas del evangelio: el texto lucano de la anunciación (Anunciación), el relato del lavatorio (Amor extremo), el discurso joánico del pan de vida (Pan de vida)... Se trata de una espiritualidad que parte de la Palabra de Dios revelada y que, por tanto, se pone ante todo a la escucha, en la escuela del Verbo encarnado. En este caso, el padre Orbe nos pone a la escucha de la Pasión en su versión sinóptica: nos invita a recorrer con Jesús la senda que va de los Olivos y de la agonía en Getsemaní, a la Cruz, a la muerte redentora en el monte Calvario.

En segundo lugar, es una espiritualidad alimentada por la Tradición de la Iglesia, sobre todo por la de sus grandes testigos, los santos, y, más en particular, san Agustín, santa Teresa de Jesús, san Juan de la Cruz y san Juan de Ávila. Las citas de las Enarraciones a los salmos, del *Audi filia*, de la Vida o de la Llama de Amor viva, por citar solo algunas, llenan la presente publicación. Se pueden espigar en el libro preciosos textos de esta consolidada tradición espiritual, que ayudan muchísimo a comprender, meditar y saborear los textos de la Pasión de Cristo.

En tercer lugar, el método que nos propone el padre Orbe, en la más pura línea ignaciana, busca “gustar internamente”. Es un libro contemplativo. Así nos lo explica el Autor (p. 499): “Los misterios de la Pasión se prestan a multitud de aspectos, según los vean judíos, creyentes de ayer y hoy, Dios Padre; o según los vive el propio Jesús en relación al Padre o a los hombres. El contemplativo los simplifica a su modo. Nadie le obliga a expresarlos. Se contenta él con sentirlos o adivinarlos. Los mira sin confundir, y puesto a declararlos sacrifica

la sencillez con que los ve... Cualquier verso del evangelio, desde el Olivete al Calvario, basta para descansar sobre su persona, sobre su humanidad. Descansar no es discurrir. Más es intuir y amar, que sólo intuir o sólo amar”. Así es el método que aquí se nos propone: “intuir y amar”, “contemplar”, “descansar en la humanidad de Cristo”.

Siempre insatisfecho con lo que logra expresar su pluma y con la necesaria simplificación a la que le obliga la prosa, el padre Orbe nos invita a entrar nosotros mismos en la contemplación. Al final del libro, casi confesándonos su escrúpulo ante la incapacidad de expresar en palabras lo que siente el alma contemplativa, se pregunta: “¿Quiere eso decir que las anteriores meditaciones sobran? En buena parte sí. Uno se daría por contento, si entre los lectores hubiera quien las repugnase, por sentir con fuerza la unción del Santo. Nadie enseña más y mejor sobre Jesús” (p. 503). Orbe quisiera, casi, no ser el autor de este libro, para poder así mejor dejarnos con el verdadero Autor de la vida y de la santidad.

En fin, y aunque habría otras muchas cosas que decir sobre esta obra, termino con un cuarto aspecto importante del programa de lectura de la Pasión que nos presenta aquí el padre Orbe. Se trata de una espiritualidad trinitaria. Todo parte del Padre: “los contemplativos [...] –nos dice el que fuera durante lustros Profesor en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma– se abren a las dos vertientes, de Jesús, la que mira al Padre y a los hombres; con preferencia para la primera” (p. 20). “Está bien agradecer a Cristo los dolores de su pasión –dice un poco más adelante–. Pero mejor está agradecerse los también al Padre, por cuya iniciativa los tuvo el Señor” (p. 21). Y todo conduce al Espíritu, que es quien hace a los hombres espirituales y el único sobre el que se puede fundar una verdadera espiritualidad. En la Pasión, ve siempre nuestro Autor a los tres actores principales: el Padre, el Hijo y el Espíritu, en su comunión de amor, obrando nuestra salvación.

En definitiva, la editorial Didaskalos se prestigia al ofrecernos esta obra de calado, en la que descubrimos una espiritualidad fresca, que nace de la frecuentación de los textos bíblicos, y al mismo tiempo recia, anclada en la solidez de la cruz.

Termino citando de nuevo palabras de la atinada presentación de Luis Ladaria: “Los libros de espiritualidad del padre Orbe –y este, *Del Olivete al Calvario*, era el más querido para nuestro autor entre los de su género– hablan de corazón a corazón: cor ad cor loquitur, según el conocido lema del Cardenal Newman. En ellos no hay nada de artificioso. Hay, es verdad, mucho fondo de sabiduría evangélica, pero sin afán de erudición. Quien se acerca a ellos debe hacerlo con el mismo espíritu con que fueron escritos, es decir, con alma de orante” (p. 17).

Fernando Chica Arellano

PASTORAL

TATAY NIETO, J., *Ecología integral. La recepción católica del reto de la sostenibilidad: 1891 (RN) – 2015 (LS)*, BAC, Madrid 2018, 566 págs.

Esta valiosa monografía del jesuita y profesor de teología de la Universidad Pontificia Comillas (Madrid), publicada por la prestigiosa editorial Biblioteca de Autores Cristianos (BAC), realiza un minucioso recorrido por la historia de la Doctrina Social de la Iglesia, desde su origen en la encíclica *Rerum novarum* de León XIII hasta la reciente promulgación de *Laudato si'* por el Papa Francisco.

El autor centra su atención en la emergencia de un complejo entramado de nuevas problemáticas que, a partir de la década de 1970, denominamos “ecológicas” o “medioambientales”. Se trata de problemáticas como el riesgo de una guerra nuclear, los elevados niveles de toxicidad del aire, la calidad y el acceso al agua, la creciente deforestación o la pérdida de suelo que atrajeron, ya desde la primera mitad del siglo XX, la mirada de los Romanos Pontífices y del episcopado, así como de las comunidades cristianas locales o de instituciones como la Pontificia Academia de las Ciencias. En el último tercio del siglo pasado y en los primeros lustros del actual, la destrucción de la capa de ozono, el acelerado ritmo de extinción biológica, el agotamiento de muchos recursos naturales, la evidencia creciente del cambio climático o los efectos devastadores de la minería incontrolada se incorporaron progresivamente a la larga lista de preocupaciones de la Doctrina Social de la Iglesia, transformando progresivamente la tradicional “cuestión social” en una única (y nueva) “cuestión socio-ambiental”.

La principal contribución de esta investigación reside, sin duda, en el manejo exhaustivo, atinado y riguroso de las múltiples fuentes intraeclesiales analizadas. El autor repasa y escruta con esmero tanto el magisterio pontificio y episcopal como los documentos de otras muchas instancias eclesiales no magisteriales e incluso de otras denominaciones cristianas, ordenando y valorando con equilibrio y agudeza sus principales aportaciones.

La segunda contribución de este volumen consiste en el examen que realiza el autor de los desarrollos magisteriales a la luz de los grandes acontecimientos –científicos, sociales y políticos– que tienen lugar en ámbitos extraeclesiales. Por ejemplo, la estructuración de la primera parte del estudio, en función de las principales cumbres internacionales de desarrollo sostenible auspiciadas por la ONU (1972, 1992, 2002, 2012) o el análisis de las “fuentes ajenas” de *Laudato si'*, no sólo aclara la emergencia y formulación de las distintas cuestiones en el magisterio católico, sino que permite insertar su discurso en la narrativa más amplia de los organismos internacionales y de la comunidad científica, haciéndolo público e inteligible.

A estas dos contribuciones se suma una tercera: la conveniencia, la necesidad y hasta la urgencia de disponer de una estructuración académica acorde con la centralidad del reto de la sostenibilidad. Laudato si' supone, como afirma el profesor Tatay, la maduración del pensamiento social de la Iglesia Católica y la fase final de recepción de la cuestión ecológica. Este largo proceso de maduración ha llevado décadas y, a juicio de muchos, ha llegado con algo de retraso. Sin embargo, la urgencia y la conveniencia del posicionamiento católico sobre estas problemáticas, a juicio de otros pocos, sigue siendo una cuestión debatida o secundaria.

Concluyendo, esta publicación tiene el mérito de poner de relieve la ecología como ámbito académico interdisciplinar, areópago intercultural y ágora de un diálogo en el que la Iglesia está llamada a participar activamente realizando un ejercicio de sensibilización, de teología pública y de audacia profética, de modo que no pase inadvertido el grito de la tierra, herida en su armonía, y se escuche el clamor de los pobres, que son los primeros que sufren el deterioro ambiental, en numerosas ocasiones causado por la avidez humana.

En definitiva, sea cual sea la respuesta futura de la Iglesia Católica ante las complejas problemáticas medioambientales, el presente estudio ofrecerá un marco teológico y una guía cualificada para su comprensión y clarificación. Se trata de un manual imprescindible para futuras investigaciones que, aunando conocimiento técnico y profundidad teológica, resulta accesible también por su acertada pedagogía para cualquier lector interesado en una de las cuestiones centrales de nuestra época.

Fernando Chica Arellano

HISTORIA

ALIAGA ASENSIO, P. – FERNÁNDEZ SERRANO, A.A. – ROJAS GÁLVEZ, I.,
El interés de Cristo. Pretexto, contexto y teología de la redención de cautivos en el origen de la Orden Trinitaria, Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 2019, 183 págs.

La Orden de la Santísima Trinidad y de los Cautivos, fundada hacia 1193, es una de las órdenes religiosas más antiguas de la Iglesia. El presente volumen nos acerca a sus orígenes carismáticos como entidad para la redención de cautivos cristianos, con tres estudios de corte bíblico, teológico e histórico. El sugestivo título retoma una expresión del papa Inocencio III en la bula *Operante divine dispositionis* (17-XII-1198), en que aprueba la Regla propia de los trinitarios, “ya que [...] parece claro que deseáis más el interés de Cristo que el vuestro”

(*quia igitur [...] Christi lucrum appetere videmini plusquam vestrum*), con clara reminiscencia de la carta de san Pablo a los Filipenses.

El volumen se abre con la *Introducción* del cardenal Joao Braz de Aviz, prefecto de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica. Es una sugerente síntesis del carisma y misión de los trinitarios, con interesantes pistas para la reflexión. El purpurado empieza señalando un dato poco conocido: una orden tan antigua, y que logró estar muy extendida en varios países, tras las supresiones de los siglos XVIII y XIX llegó a quedar reducida, prácticamente, a una sola casa, y desde ahí volvió a resurgir y a expandirse por el mundo. El cardenal afirma que “en este tiempo en que arrecian las persecuciones a los cristianos en el mundo, los trinitarios son empujados por el Espíritu Santo a comprender que la historia los está llamando a ocupar el lugar que les corresponde por vocación, la razón por la que fueron fundados” (p. 6). Por ello, esta memoria de los orígenes se hace no solo oportuna, sino necesaria. Y compartirla con el conjunto de la Iglesia es un servicio especialmente precioso en este momento histórico, uno de los más trágicos para los cristianos, que sufren persecución por el nombre de Cristo en muchos lugares de nuestro mundo.

El primer artículo lo firma el biblista Ignacio Rojas Gálvez (*Badajoz, 1971), actual vicerrector de la Facultad de Teología de Granada: “La Biblia y su interpretación en el s. XII. La lectura de la Escritura en el contexto de la fundación de la Orden Trinitaria”. San Juan de Mata (Provenza, 1154 ca. - Roma, 1213), fundador de la Orden, fue maestro en teología en la Escuela catedralicia de París, discípulo de Prevostino de Cremona (1135-1210) y muy próximo a la abadía de San Víctor. Es por ello que el Padre Rojas presta una atención prioritaria en su artículo al llamado “despertar evangélico” del siglo XII, corriente teológica especialmente presente en el París de la época, centrada en la Palabra de Dios y que llevó a la Iglesia a empeñarse en concretar el Reino de Dios, especialmente a través de la vida en pobreza y del servicio a los pobres.

“Época de fervor bíblico”, en que la lectura de la Biblia se acompaña con la interpretación de los Santos Padres, se practica el método monástico con su sistema de “lectura, meditación, oración y contemplación”, y se desarrollan los cuatro consiguientes sentidos de la Escritura: literal, alegórico, tropológico y anagógico, creándose corrientes o escuelas en torno a esas interpretaciones. Los monjes abrieron sus monasterios a la enseñanza de la *Sacra Pagina*. Los de San Víctor se señalaron en ofrecer la *Lectio divina* a los intelectuales que se formaban en París. Rojas ofrece una síntesis de obras teológicas de referencia, de autores e instrumentos de trabajo. Se detiene después en presentar la Escuela catedralicia de París y la Escuela de San Víctor, que conforman el contexto intelectual del Fundador de los trinitarios.

Rojas Gálvez pasa después a analizar las citas bíblicas que aparecen en la Regla trinitaria, situándolas en su contexto. Hace un recorrido histórico de la interpretación del precepto del trabajo de 2 Tesalonicenses 3,10, que aparece en el

artículo número 18 de la Regla. Analiza diversos rasgos evangélicos de la Regla trinitaria “leídos desde la Glosa ordinaria”: tres huellas paulinas en la Bula de aprobación (“la raíz de la caridad”, “el querer de Cristo” y “Cristo fundamento”) y diez elementos característicos en el cuerpo del texto regular de claro trasfondo bíblico.

Rojas concluye haciendo tres afirmaciones globales sobre la Regla trinitaria: su horizonte es esencialmente cristológico (Cristo es el fundamento y el trinitario está llamado a buscar el querer de Cristo y a anteponer el interés de Cristo a todo lo demás); se trata de una regla discipular (en la que están presentes los dos propósitos evangélicos del discipulado, los de Mateo 22,37 y Marcos 3,14); y es un camino evangélico de fraternidad (que recoge las más importantes indicaciones de las normas de vida de las primeras comunidades cristianas).

El segundo artículo, titulado “La teología trinitaria en el origen de la Orden de la Santísima Trinidad. Originalidad e influencias teológicas en el proyecto trinitario de Juan de Mata”, tiene por autor a Antonio Aurelio Fernández Serrano (*Córdoba, 1965), director de “Solidaridad Internacional Trinitaria” (SIT), organismo de la Orden trinitaria para la ayuda de quienes sufren persecución por su fe. Es doctor en teología dogmática por el *Angelicum* de Roma. Su artículo hace un atinado recorrido por los autores más significativos de teología sobre el misterio trinitario de Dios en el siglo XII, con especial referencia a la Escuela de San Víctor y a Prevostino de Cremona.

Fernández aborda la teología de san Juan de Mata desde el estudio de varios elementos de la Regla y también del Mosaico de Santo Tomás *in Formis* (Roma, 1209). Introduce el tema tratando el ambiente de las “escuelas de París” y la labor de los maestros teólogos, para después entrar en materia, presentando posibles influjos de Prevostino y de las Sentencias de Pedro Lombardo en la estructura formal de la Regla trinitaria.

Examina después ciertos elementos teológicos de la misma, en torno al término “ministro” con que la Regla denomina al superior religioso de la comunidad trinitaria; los consejos evangélicos (es una de los primeros textos regulares en que aparecen explícitamente los tres “votos” clásicos de la vida religiosa); la economía con su tripartición de los bienes comunitarios en favor de la redención de cautivos, del cuidado de los pobres en el hospital y de la subsistencia de los religiosos; las alusiones explícitas a la Santísima Trinidad (titular de las casas y de las iglesias de la Orden); los preceptos sobre la igualdad entre los religiosos; las obras de caridad y misericordia, con alusión a ciertos influjos de la abadía de San Víctor; la práctica del silencio. Con menos detenimiento aborda ciertos preceptos jurídicos de la parte final de la Regla.

Tras estudiar el texto regular, pasa a examinar la otra gran obra teológica de san Juan de Mata, esto es, el Mosaico de Santo Tomás *in Formis*, datado en 1209 y realizado –por indicación del Fundador– por los maestros Jacobo y Cosme, de la familia Cosmati; aún hoy se puede admirar en su emplazamiento

original, a pocos pasos del Coliseo romano. Fernández Serrano analiza la imagen de Cristo con los cautivos, describiendo detalladamente sus elementos y comentando la obra desde consideraciones teológicas tomadas principalmente de Abelardo y san Agustín.

Las conclusiones a las que llega el autor de este segundo capítulo se sintetizan en la expresión “el Maestro de Provenza (= Juan de Mata) buscaba una vida verdaderamente cristiana, basada en el Evangelio”, declarándolo “maestro en piedad y humanidad”. Recalca el carácter central de Cristo en el proyecto del Fundador, que “busca la contemplación e imitación del Cristo que libera”, especialmente en la redención de los cautivos.

El historiador Pedro Aliaga Asensio (*Villanueva del Arzobispo, 1971) –vicario general de la Orden– es el autor de “Cautivos por su fe en Cristo. Orígenes históricos de la misión redentora de los trinitarios”. Arranca con un panorama –muy minucioso y completo– sobre la consideración de los cautivos y de los bienes para su redención en la tradición de la Iglesia antigua y altomedieval, con abundantes referencias a autores y concilios. Central es el análisis léxico de la palabra “captiveus”, muy útil para dilucidar el significado del título original de la Orden trinitaria. El “captiveo” es la persona que ha sido hecha prisionera por su fe, y como tal es diverso de los “siervos” y de los “esclavos”.

Analiza después la cautividad en los siglos XII y XIII, en torno a las cruzadas, la piratería y la Reconquista española, haciendo una síntesis más que suficiente por las instituciones y las personas que se dedicaron a la redención. En la mentalidad medieval, el peligro mayor al que estaba expuesto el captiveo era el de perder su fe. La Iglesia privilegió la redención de cautivos entre las obras de misericordia, los monarcas concedieron gracias de variado tipo para favorecerla, y los nobles y los concejos de las ciudades y villas pusieron frecuentemente medios para realizarla. Entre las instituciones medievales que se señalaron en la labor redentora, destaca a los templarios, los hospitalarios de San Juan de Jerusalén, los santiaguistas y otras órdenes caballerescas. En los reinos cristianos ibéricos existieron los exeas, alfaqueques y mostolafs como profesionales de la redención de cautivos.

Estudia después la fundación de la Orden trinitaria (la orden redentora, por antonomasia, junto a la de la Merced), con especial referencia a todos los elementos que configuraron el rescate de cautivos como su obra distintiva: el título y el sigilo de la Orden (el Mosaico de Santo Tomás *in Formis* es su representación monumental); la expresión de la Regla sobre los cautivos a redimir (“*incarcerati pro fide Christi a paganis*”); la economía comunitaria en función de la obra de la redención. En un parágrafo muy interesante, Aliaga presenta cómo vieron a los trinitarios los contemporáneos a la fundación de la Orden, precisamente en lo que a la redención de cautivos se refiere. Presenta la cofradía de la Orden, “unión y asociación de fieles que apoyaban las obras de caridad de sus hospitales y de la redención de cautivos”. En el último parágrafo estudia la

obra de la redención de cautivos en los diferentes territorios donde la Orden se implantó durante el siglo XIII: Francia, Castilla, Aragón, Portugal, Inglaterra y Escocia.

La obra tiene buena presentación tipográfica, realizada por la Tipografía Vaticana. Destaca la bella reproducción fotográfica del Mosaico de Santo Tomás *in Formis* en la cubierta, en relieve sobre el resto de la superficie. Para quienes no están familiarizados con el patrimonio histórico y artístico de la Orden trinitaria es muy útil poder ver el Mosaico, al que tantas referencias existen en la obra que nos ocupa. Por la misma razón, hubiera sido un buen servicio haber reproducido el texto de la Regla de la Orden; no hubiera supuesto aumentar demasiado el volumen, ya que es un texto breve.

Se trata de una obra que ayudará a los distintos institutos religiosos y laicales, que forman hoy la Familia Trinitaria, a reflexionar sobre sus orígenes, y también a quien quiera documentarse sobre la constante solicitud de la Iglesia hacia los cristianos que sufren persecución a causa de Cristo. Dicha solicitud es tan antigua como ella misma, como atestigua el Nuevo Testamento en diversos textos. La Orden trinitaria se corresponde a un proyecto evangélico de fraternidad que abarca a cautivos y a pobres, con su espiritualidad, su economía, su trabajo, su pobreza, siendo memoria viva del drama de millares de personas que sufrieron el duro trance de perder su libertad y derechos por motivos religiosos. Drama que ha sido especialmente descrito por los clásicos castellanos, y de forma muy especial por Miguel de Cervantes, cuyo nombre está vinculado –indisolublemente– a la Orden trinitaria, a la que debió su liberación y que custodia su tumba, hasta hoy, en Madrid.

“Hoy también la Iglesia [...] experimenta duras persecuciones, hasta la suprema prueba del martirio. ¡Cuántos de nuestros hermanos y hermanas en la fe padecen injusticias, violencias y son odiados a causa de Jesús! Yo os digo una cosa, los mártires de hoy son de mayor número respecto a los de los primeros siglos [...] Hoy queremos pensar en los que sufren persecuciones, y estar cerca de ellos con nuestro afecto, nuestra oración y también nuestro llanto” (Papa Francisco, Ángelus 26-XII-2016). La lectura de este libro es recomendable para informar y formar nuestro afecto, nuestra oración y nuestro llanto, por la acuciante realidad de la persecución religiosa.

Fernando Chica Arellano

CÁRCEL ORTÍ, V. (ed.), *La II República y la Guerra Civil en el Archivo Secreto Vaticano*, VI: *Documentos del año 1938*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2018, LXVIII + 936 p.

Este volumen es el sexto de la colección documental iniciada por Mons. Vicente Cárcel en 2011. De los dos anteriores hemos dado cumplida cuenta en

amplias recensiones publicadas en esta misma revista (véanse *Anales Valentinus. Nueva Serie* IV/7 [2017] 166-171 y IV/8 [2017] 493-500).

El presente libro recoge los documentos del Archivo Secreto Vaticano pertenecientes al año 1938 y que tienen que ver con la actividad de la Santa Sede en España. Están enmarcados en el contexto de la Segunda República Española y la Guerra Civil. Los temas y asuntos tratados en este son en parte continuación y complemento de los del año 1937. Como ya es habitual, Mons. Cárcel resume en una amplia y atinada introducción, de más de 60 páginas, los que considera de mayor interés o relevancia, comenzando por detallar las actividades desarrolladas por el encargado de negocios de la Santa Sede en España, Mons. Hildebrando Antoniutti. Este prelado, hasta mediados de junio de 1938, fecha en que cesó su misión diplomática y fue trasladado a la nunciatura apostólica en Canadá, jugó un papel trascendental en la escena política, social y eclesial del país. Antoniutti volvería a España años más tarde, en 1953, esta vez como nuncio apostólico. Permaneció en Madrid hasta 1962, año en el que ocupó un puesto de relieve en la Curia Romana.

La primera tarea que el papa Pío XI encomendó a Antoniutti fue de carácter estrictamente humanitario y, para ello, apenas llegó a la España Nacional, organizó el Secretariado para la repatriación de Niños, porque, según los republicanos, “los niños pertenecen al Gobierno y no a la familia”, por eso los enviaron a Rusia y a otros países europeos. Cárcel documenta y analiza de forma pormenorizada el impresionante trabajo realizado por Antoniutti y sus colaboradores, trabajo que se conserva en las cajas del Archivo de la Nunciatura de Madrid, que contienen, no solo las listas de niños expatriados, sino también las cartas que ellos y sus familiares le enviaron solicitando noticias y repatriaciones, así como otros datos referentes a gastos varios. Según los listados de dicho archivo, consta que a Inglaterra fueron expatriados 4.152 niños, a Francia 3.900; en Bélgica hubo 1.276, acogidos por la Obra del Cardenal Van Roey, arzobispo de Malinas. Muchos de estos niños eran vascos y, gracias a las gestiones de Mons. Antoniutti, volvieron muchos de ellos a sus casas y regresaron con sus familias. Sin embargo, y como se advierte por la lectura de este volumen, fueron enormes las dificultades para conseguir el regreso de estos niños (Doc. 2614).

Otro capítulo importante de la actividad humanitaria de Antoniutti se refiere a los prisioneros políticos (Doc. 2637, 2668, 2675) y a los condenados a muerte (Doc. 2568). El archivo de la Nunciatura en Madrid conserva listas oficiales de todos ellos, así como numerosa correspondencia de familiares que solicitaban la intervención del Representante Pontificio pidiendo clemencia. Sin embargo, no todas las peticiones de indulto fueron atendidas.

Antoniutti también se ocupó de la distribución de ayudas y limosnas a iglesias devastadas y a las necesidades más urgentes de las “regiones liberadas”, así como a sacerdotes que vivían en situación precaria (Doc. 2691).

Muy interesantes fueron asimismo las noticias que Antoniutti dio al cardenal E. Pacelli sobre la situación de Cataluña y, en particular, sobre los intentos de restablecer el culto y sobre los contactos que el cardenal Verdier, arzobispo de París, tuvo con el ministro republicano Irujo y con representantes vascos y catalanes para normalizar la situación religiosa. Habló también de la impresión negativa que tanto Franco como sus ministros tenían del cardenal Vidal, al que no querían dejar que regresase a Tarragona por su supuesta conducta filo-separatista y por no haber firmado la Carta colectiva del Episcopado español de 1937; y también porque el ministro Irujo le había invitado para que volviese a Tarragona y pudiera ponerse libremente al frente de su archidiócesis antes de la llegada de los nacionales (Doc. 2588).

Las últimas gestiones que realizó Antoniutti estuvieron relacionadas con las intervenciones del Papa para evitar los horrores de la guerra y en contra de los bombardeos aéreos sobre Barcelona.

Uno de los documentos más interesantes de este libro es la ratificación pontificia de la mencionada Carta colectiva del Episcopado español del 1 julio de 1937, en la que los obispos denunciaron la sangrienta persecución religiosa que sufría la Iglesia en el territorio republicano. Pacelli comunicó a Antoniutti, de parte del Papa, su “*paterna compiacenza per lo zelo infaticabile con cui l’E.mo Sig. Cardinale Gomá y Tomás si è adoperato e continua ad adoperarsi per sempre meglio illuminare i fedeli circa la situazione religiosa in Spagna*” (Doc. 2497). Este fue el mayor elogio que podía recibir el cardenal primado de Toledo en aquellos momentos, expresamente confirmado por la carta personal que Pacelli le envió el 5 de marzo de 1938, a propósito de una posible publicación recogiendo las respuestas del Episcopado mundial a la Carta Colectiva (cf. Archivo Gomá. Documentos de la Guerra Civil, 9, 458-459). Como es sabido, esta carta no fue firmada por el obispo de Vitoria, Mons. Múgica, ni por el cardenal Vidal y Barraquer. Sin embargo, en los documentos vaticanos que publica por vez primera Cárcel, constan explícitamente la admiración de ambos pastores hacia la persona del General Francisco Franco, así como sus deseos de que ganara la guerra y gobernara la nueva España, prescindiendo de los socialistas, comunistas y anarquistas. El arzobispo de Tarragona envió a Franco una extensa carta el 3 marzo de 1938, desde la Cartuja de Farneta (Italia), invitándole a “no prolongar la lucha más de lo necesario, o de proseguirla con los menores daños posibles”; carta que termina diciendo: “Me cabe el honor de reiterar a V.E. el testimonio de mi simpatía y afecto y de manifestarle que diariamente ruego a Dios nuestro Señor por V.E., y por la salvación de nuestra estimada España” (Doc. 2536). En la correspondencia epistolar con Pacelli, Vidal habló de “las simpatías que me han merecido los propósitos y recta intención del general Franco y la forma en que se las he manifestado ya verbalmente y por tercera persona, ya últimamente mediante carta que le dirigí” (Epistolario, 707-709). Vidal escribió también al jefe del Gobierno republicano, Juan Negrín,

pidiéndole que hiciera “todos los esfuerzos posibles para conseguir una paz rápida y duradera” (Epistolario, 699).

Durante el verano de 1938, los obispos, estrechamente unidos al cardenal primado Gomá, decidieron hacer un llamamiento a los católicos del mundo entero, para solicitar su ayuda económica para la colosal obra de restauración de miles de templos destruidos por los republicanos, con la consiguiente desaparición de un ingente patrimonio histórico, artístico y documental, que se perdió para siempre.

También quedan ampliamente explicadas las dificultades del Vaticano para reconocer al Gobierno Nacional, pues no veía claro el futuro de España, y solo lo hizo en junio de 1938, con el nombramiento del nuncio G. Cicognani, al que la Secretaría de Estado dio amplias y detalladas instrucciones, que resumían las cuestiones más importantes que debería tratar o afrontar: situación religiosa, militar, diplomática y política de la zona gubernativa o republicana y de la nacional; la unión y supresión de partidos decidida por Franco y la actividad caritativa desarrollada por la Santa Sede en favor de España. También se hablaba de la provisión de diócesis vacantes por el asesinato de sus respectivos obispos, de las que estaban todavía bajo el dominio del Gobierno Republicano y de las que habían sido conquistadas por el Ejército Nacional, así como de las vacantes por muerte, traslado o renuncia del obispo. Un apartado importante de las instrucciones se refiere a la cuestión vasca, a la pacificación de los ánimos, a los niños vascos llevados al extranjero y al clero vasco (Doc. 2699).

Otro tema ampliamente tratado en este volumen es el de las divisiones entre sacerdotes y religiosos vascos por motivos políticos. Antoniutti se ocupó de la situación de los que estaban encarcelados, a los que visitó apenas llegó a Bilbao, y trató de aliviar sus penas mediante contactos personales con las autoridades locales de Vizcaya. Tras la toma de Bilbao, los nacionales habían fusilado a 14 sacerdotes vascos y encarcelando a varios centenares, acusados de separatismo. Según Antoniutti, la mayor parte de estos sacerdotes eran víctimas del ambiente: en tiempos normales habrían sido pacíficos curas de almas, si bien había otros más turbulentos, agitadores y obstinados.

Entre las muchas preocupaciones que tuvo la Santa Sede durante la contienda de España y las numerosas iniciativas del Papa para paliar los horrores del conflicto, hay que destacar varias intervenciones a lo largo de 1938 para impedir los bombardeos aéreos en las dos zonas sobre objetivos estratégicos (puertos, vías de comunicación, fábricas, centrales hidroeléctricas, puestos de mando del enemigo, etc.) pero también sobre los municipios de la retaguardia, que causaron numerosas víctimas entre la población civil (Doc. 2573, 2683, 2795).

Particularmente interesantes fueron las intervenciones del nuncio en Francia, Mons. Valerio Valeri, que mantenía contactos con republicanos españoles residentes en París y deseosos de normalizar las relaciones con la Santa Sede.

Pacelli dijo a Valeri que esto era imposible después de las innumerables atrocidades cometidas en los territorios controlados por la República, a la vez que persistía la persecución religiosa y no se veía cuándo acabaría; pero consideró conveniente que Valeri siguiera manteniendo contactos con dichos republicanos.

El 28 de marzo de 1938 el nuncio Valeri informó sobre su conversación con el Ministro francés de Asuntos Exteriores, Paul-Boncour, a propósito de una eventual mediación de la Santa Sede en la guerra de España, a la vez que agradeció la intervención de la Santa Sede ante el gobierno de Franco para evitar los bombardeos de ciudades (Doc. 2573). Sin embargo, el encargado de negocios de la España nacional cerca de la Santa Sede, reiteró “con la mayor firmeza, lo que ya anteriormente tiene manifestado en repetidas ocasiones en lo que se refiere al criterio del Gobierno Nacional de oponerse resueltamente a toda tentativa encaminada a obtener una mediación en la guerra de España” (Doc. 2795).

A mediados de noviembre, Mons. Valeri dio al cardenal Pacelli noticias sobre la desesperada situación en que se encontraban tanto Madrid como Barcelona para hacer frente a la avanzada victoriosa de las fuerzas nacionales y le informó sobre las presiones que recibía, por parte de los republicanos, para conseguir una mediación de la Santa Sede en el conflicto español (Doc. 2841). Pero Franco se opuso enérgicamente, según declaró su embajador en el Vaticano, Yanguas Messía, “de no admitir ningún intento de mediación ni armisticio con los rojos, debido a que el estado de espíritu de nuestra católica Nación española, rotundamente rechaza toda componenda, con la que solo se serviría a los rojos. Seguimos y seguiremos hasta el fin con este mismo propósito irrevocable, por entender que la justicia no puede pactar con el crimen, ni la civilización católica, con la barbarie soviética. Seguiremos hasta el fin victorioso de la guerra, por tener la íntima y justificadísima convicción de que tan solo el triunfo total de Franco asegurará en España el respeto al Altar, a las conciencias, a la persona humana, a la familia, a la sociedad española y a la civilización católica” (Doc. 2859).

El último intento de mediación del Papa, en diciembre de 1938, fue un fracaso porque Franco se opuso tajantemente a cualquier tipo de negociación con los republicanos, que estaban ya perdiendo la guerra. En vísperas de la Navidad, Pacelli le pidió a Cicognani que preguntase al Gobierno si estaría dispuesto a aceptar una tregua natalicia de 24 o 48 horas, que el Papa pediría a las dos partes, a imitación de cuanto Benedicto XV había hecho en el primer año de la Guerra Europea (Doc. 2876). El nuncio respondió inmediatamente comunicando que el Ministro de Asuntos Exteriores, después de haber consultado a Franco, le había manifestado que no era posible tregua alguna debido a las exigencias militares. El nuncio insistió durante una larga conversación con el ministro, quien le dijo que el conflicto armado revestía unas características particulares y que no era posible detenerse ni siquiera 24 horas, ya que era inminente la ofensiva contra Cataluña, y reinaba mucho optimismo entre los militares

(Doc. 2878). Esta tajante respuesta acabó con las ya muy escasas posibilidades de mediación de la Santa Sede para poner fin a la guerra de forma concordada. Resulta, en este sentido, muy significativa la nota autógrafa del Sustituto de la Secretaría de Estado, monseñor Alfredo Ottaviani, quien, apenas recibió la comunicación de Cicognani, informó a Pío XI y anotó el mismo día 22 de diciembre de 1938: “Letto al S. Padre. Sua Santità, che si aspettava questa risposta, pensa non vi sia nulla da fare” (Doc. 2879).

Pío XI fracasó en sus intentos porque Franco se negó rotundamente a aceptar negociaciones para treguas o mediaciones que frenaran el curso de la guerra, desfavorable para los republicanos. En efecto, estaba a punto de comenzar la ofensiva contra Cataluña durante el mes de enero, que terminaría dos meses después con la victoria final de los nacionales.

También fracasó la misión en Francia del obispo de Gerona, Mons. José Cartaña, para atender a los sacerdotes huidos, así como las gestiones para la liberación del obispo de Teruel, el beato Anselmo Polanco, que fue fusilado el 7 de enero de 1939, y la desaparición y asesinato del obispo “mártir” de Barcelona, Manuel Irurita, cuyo proceso de beatificación sigue pendiente en la Congregación de las Causas de los Santos.

El reconocimiento oficial del Gobierno de Franco por la Santa Sede en junio de 1938 no significó que esta impulsara o animara un alineamiento de dicho Gobierno con el Eje Roma-Berlín, sino todo lo contrario. Precisamente, la presencia de un nuncio apostólico fue utilizada para contrastar, en la medida de lo posible, este escenario, ya que la obsesión del Papa por aquellas fechas era el nazismo, que perseguía implacablemente a la Iglesia en Alemania. Por ello, uno de los dos grandes temas que ocuparon la atención del nuevo nuncio, Mons. G. Cicognani, durante los primeros meses de su misión diplomática, fue el influjo del nazismo en la España nacional, a través de numerosas actividades e intercambios a diversos niveles. Quizás el dato más destacado y preocupante fue el de la numerosísima misión que representó a España en el Congreso de Nüremberg, presidida por el general Millán Astray, como jefe militar, y por el general Espinosa de los Monteros, subsecretario de Asuntos Exteriores, como jefe político, y compuesta por altos oficiales del Ejército y altos funcionarios del Estado, políticos y periodistas de renombre (Doc. 2734). Por ello, no eran injustificadas las preocupaciones del Episcopado, que aumentaron sensiblemente cuando tanto los obispos como el clero comprendieron, por la lectura de la encíclica *Mit brennender Sorge*, el abismo hacia el que se caminaba. La publicación de este enérgico documento pontificio, hecha en primer lugar por la prestigiosa e influyente revista de los jesuitas, *Razón y Fe*, y reproducida después por los boletines diocesanos, resultó muy eficaz y sirvió para constatar, una vez más, con cuánta veneración era acogida en España la palabra del Papa, y para medir a la vez el grave daño que se infería a la religión cuando esta voz no podía ser escuchada (Doc. 2768).

En sus conversaciones con los cardenales de Toledo y Sevilla, y con algunos arzobispos y obispos, Mons. Cicognani no dejó de insistir sobre los peligros que encerraba la propaganda nacional-socialista, y de recordar las responsabilidades que, en aquellos gravísimos momentos, tenían todos en aras del porvenir de la Iglesia en España. Para contrarrestar los daños ocasionados por la propaganda nazi, el nuevo nuncio confiaba en la gran eficacia de la Acción Católica; aunque no le resultaba fácil actuar según la orientación que le había dado Pío XI, porque existían contra ella muchos prejuicios surgidos con frecuencia desde el mismo Episcopado. Muchísimas personas, y el mismo Gobierno, creían que la Acción Católica era un movimiento político y, para justificar esta creencia, recordaban las actividades desarrolladas por ella cuando estuvo dirigida por Ángel Herrera Oria, durante los años de la Segunda República (Doc. 2824).

El otro gran tema que ocupó la atención de Cicognani al comienzo de su misión fue la situación de la archidiócesis de Tarragona y del cardenal Vidal, a quien no se le permitió que regresara a España, a pesar de haber mostrado simpatías por Franco, como ya se ha dicho. Particularmente molesto estuvo el Gobierno Nacional con este purpurado, responsable según él de desarrollar actividad pro catalanista desde Italia. La campaña promovida contra el arzobispo de Tarragona por algunos elementos extremistas era cosa ya vieja. Se le acusaba en particular de no haber firmado la Carta colectiva del Episcopado, del viaje de su vicario general, Salvador Rial, a Roma y a París, protegido por el Gobierno Republicano, y de sus supuestas relaciones con el presidente del Gobierno Vasco, Aguirre (Doc. 2588).

Este asunto nunca quiso tratarlo el delegado pontificio, Mons. Antoniutti, con las autoridades nacionales porque era particularmente delicado, pero había recibido una nota verbal del ministro de Asuntos Exteriores en la que se atribuían al cardenal gestiones en favor del Gobierno Republicano que habría hecho de acuerdo con los vascos en Barcelona y, por consiguiente, contra los intereses de la España nacional. El subsecretario del Ministerio de Asuntos Exteriores le había dicho al delegado pontificio: “¿Por qué el cardenal se olvida de que le han asesinado a su obispo auxiliar, a centenares de sacerdotes y a miles de fieles y han destruido todas las iglesias?”, y le entregó una Nota Verbal en la que se decía: “Aunque cuesta trabajo aceptar sin más, que un Príncipe de la Iglesia esté en connivencia más o menos abierta con los rojos, creo deber ponerlo en su conocimiento, pues pudiera darse el caso de que algunos sacerdotes exaltados catalanistas comprometieran a Su Eminencia usando indiscriminadamente su nombre con las consecuencias fáciles de suponer y que estimo conveniente evitar, por lo que sería altamente provechoso que las Autoridades eclesiásticas intervengan enérgicamente para poner fin a tan perjudiciales manejos” (Doc. 2536). En cierta ocasión, Franco le comentó a Antoniutti, a propósito de la conducta de Vidal, que un obispo que no había tenido la valentía de unirse a sus hermanos en la denuncia de los horribles crímenes cometidos contra sus fieles y su iglesia, no era digno de ser considerado pastor de su grey y

debería reflexionar antes de intentar retomar el gobierno de su diócesis, porque el mismo pueblo lo expulsaría de ella. Y el Ministro de Asuntos Exteriores, general Jordana, le dijo a Antoniutti que Vidal no podría regresar jamás a Cataluña, porque el Consejo de Ministros había tomado esta decisión por unanimidad. También supo Antoniutti por el capellán de Franco, José María Bulart, que el general había recibido una extensa carta de Vidal, fechada el 12 de marzo. Y, aunque apreciaba los sentimientos expresados en ella, Franco le había comentado que el cardenal Vidal, por su bien personal y por el bien de la Iglesia en España, debería apartarse completamente de la vida pública, porque había creado muchos problemas a la causa nacional. Entre tanto, un oficial de la Comandancia de la frontera de Irún le dijo confidencialmente a Antoniutti que Vidal estaba entre las personas cuyo regreso debía ser controlado (Doc. 2588).

Los documentos subrayan que pronto comenzaron las tensiones entre el Gobierno de la España nacional y la Santa Sede pues, apenas llegó a Roma el embajador Yanguas Messía, insistió ante la Secretaría de Estado para que le fuese reconocido a su Gobierno el antiguo privilegio de presentación de obispos del cual gozaban los reyes católicos. De este asunto se había ocupado su predecesor, Churrua, el 12 de febrero de 1938, cuando protestó, en nombre de Franco, por el nombramiento del nuevo obispo de León, Mons. Carmelo Ballester, hecho directamente por la Santa Sede, sin contar previamente con el Gobierno de Salamanca, precisando que “esto no supone censura alguna para la digna persona del citado Obispo” (Doc. 2503). En su respuesta, Pacelli le dijo que el Papa había quedado “dolorosamente sorprendido” de esta protesta; sin embargo, la Santa Sede, deseando mostrar su condescendencia y benevolencia, no era ajena a llegar al menos a un acuerdo provisional sobre esta materia, a la vez que declaraba que no podía aceptar la protesta, porque no la consideraba justificada ni en la sustancia ni en la forma (Doc. 2514). El Gobierno Nacional pretendía un privilegio semejante al que tenía Italia con la notificación confidencial previa del nombre del candidato al episcopado, para saber si existían razones de tipo político contrarias a su nombramiento y el juramento de los obispos al Jefe del Estado (Doc. 2543).

Lo relatado anteriormente muestra la complejidad de los hechos vividos durante el tiempo del que se ocupa este encomiable volumen de Mons. Cárcel. El lector que quiera profundizar en alguno de los temas en él tratados puede hacerlo gracias a dos índices muy minuciosos reportados en la presente monografía, que también permiten revisar los centenares de documentos compilados en ella: el primero resume el contenido de cada documento y el segundo recoge nombres de personas, lugares y materias.

Concluyendo, este sexto volumen, que forma parte de la monumental colección documental editada en la prestigiosa editorial BAC por Vicente Cárcel, recopila meritorios textos que reflejan vicisitudes intrincadas y complejas de la historia de España durante 1938. Aportan una luz imprescindible para esclarecer la actitud del Vaticano y de la Iglesia durante los trágicos acontecimientos

que configuraron la Segunda República y la Guerra Civil en España. A medida que el lector se va acercando a su contenido percibe con nitidez cómo los partidos más extremistas y violentos de derechas e izquierdas fueron creando un clima irrespirable que signó, inevitable y desventuradamente, el mayor drama de la reciente historia española.

El uso de diversas fuentes archivísticas complementarias al Archivo Secreto Vaticano, la copiosa bibliografía utilizada para la contextualización de los sucesos, las acotaciones a los documentos coleccionados en la presente edición y otra serie de detalles contenidos en este libro hacen del mismo un obligado material de consulta. Su valor se ve acrecentado asimismo porque ofrece preciosas claves hermenéuticas sobre unos hechos que hay que recordar tal y como acacieron, con textos de la época y dejando hablar a los que fueron sus protagonistas, prescindiendo de interpretaciones tendenciosas y manipulaciones ideológicas, tan nefastas hoy en día para la convivencia serena y constructiva y la infatigable y necesaria búsqueda del bien común del pueblo español.

Fernando Chica Arellano

GÓMEZ RIVAS, L., *Campeones de la libertad. Los maestros de la segunda escolástica española e iberoamericana*, Ediciones Unión Editorial y Centro Diego de Covarrubias, Madrid 2019, 241 págs.

Con el sugerente título de *Campeones de la libertad* el profesor León Gómez Rivas, catedrático de Ética y pensamiento Económico de la Universidad Europea de Madrid, ha recopilado una serie de anotaciones publicadas en el blog del Centro Diego de Covarrubias, artículos breves, ponencias y breves intervenciones en congresos y reuniones acerca de la escolástica del siglo XVI, organizadas por la Universidad Europea, la de Salamanca, la Asociación Diego de Covarrubias, el Instituto Juan de Mariana, el Centro Luis de Molina de la Universidad Católica de Ávila y la Universidad Francisco Marroquín de Guatemala.

Todos estos trabajos, independientemente, de la extensión, profundidad y objetivos, tienen en común la pasión que posee el profesor Gómez Rivas, desde hace ya muchos años, por Francisco de Vitoria, Domingo de Soto y toda la innumerable pléyade de discípulos, compañeros de camino y, por supuesto, de reconocidos maestros que se unifican bajo el título de la segunda escolástica del siglo XVI de la Universidad de Salamanca y desde la Escuela de Salamanca.

En cualquier caso, las ideas, siempre actuales, que brotan del estudio del pensamiento de santo Tomás de Aquino y sobre todo del concepto clave de la dignidad de la persona humana, claramente inherente al doctor angélico, hacen siempre interesantes a los escolásticos y, en la pluma del doctor León Gómez Rivas adquieren un inusitado interés para sus alumnos y lectores.

Asimismo, el título escogido para este conjunto de obras refleja otra de las cuestiones claves de la Escolástica Salmantina del XVI: la Pasión por la libertad, de ahí que denomine a estos autores: “campeones de la libertad”, y, posteriormente cuando, en el capítulo segundo, enuncie la relación de los autores formados en esa Escuela realizada por del profesor Barrientos de la Pontificia de Salamanca y de otros importantes autores (p. 65-106) se comprueba la exactitud del nombre.

Realmente, la capacidad de aplicar la teología de santo Tomás a las cuestiones de actualidad del momento, y en concreto a la economía de mercado, señala otra de las grandes aportaciones de este trabajo que responde a la línea de investigación sobre cristianismo y economía de mercado que nos propone Gómez Rivas.

En efecto, sugerimos al lector detenerse en el primer capítulo de esta obra, pues como testigo de varios de los actos que narra a modo de cronista práctico y realista, puedo afirmar que me ha impresionado conformar mis impresiones y mis conclusiones, tanto por la precisión con las que ha sabido resumirlas y sobre todo la amenidad con que las ha relatado.

Realmente, el trabajo que estamos reseñando señala que la Escolástica del XVI sigue viva y cada vez suscita más interés, tanto en Europa como en América, esperemos que pronto Asia, a través de nuestros escolásticos, se una a esta pasión por la libertad.

José Carlos Martín de la Hoz

MARTÍNEZ CAMINO, J.A. (dir.), *Martirologio Matritense del siglo XX*, ediciones BAC, Madrid 2019, 842 págs.

En este impresionante trabajo coordinado por Monseñor Juan Antonio Martínez Camino, obispo Auxiliar de Madrid y Vicario para la santidad de la Archidiócesis, se reúne la documentación biográfica y martirial de los sacerdotes y seminaristas fallecidos en Madrid durante la persecución religiosa de la guerra civil española de 1936 a 1939.

Evidentemente estas páginas recogen muchas horas de investigación, paciente búsqueda de fuentes documentales publicadas e inéditas, gestiones para encontrar familiares, fotografías y testimonios, así como cotejar las diversas fuentes, cribar repeticiones, rellenar vacíos documentales, lectura de monografías, artículos especializados, diarios personales, visitas a tumbas y cementerios. Hay, por tanto, que reconocer el mérito de tantos que han trabajado en esta obra como historiadores, archiveros y colaboradores expertos en causas de los santos como don Alberto Fernández, Delegado episcopal, o don Joaquín Martín Abad.

La lectura de la fichas que se presentan y editan en este trabajo, en muchos casos con las fotografías de estos sacerdotes y seminaristas, muestran la

completa variedad de los mismos, pues lo son tanto por el nivel intelectual y humano, fecha y lugar de nacimiento, ocupación pastoral. Todo lo cual demuestra fehacientemente que fue una persecución indiscriminada y capilar, llevada a cabo para desarraigar completamente la fe cristiana en la diócesis de Madrid. La narración del *modus operandi* y el modo sistemático de proceder a provocar el martirio, mediante el intento de lograr la abjuración de la fe, demuestra que verdaderamente estamos ante verdaderos casos probados de martirios y no ante casos de muertes por motivos políticos, ajustes de cuentas, problemas económicos, sociales o psicológicos.

Asimismo, la constatación, en muchos casos, de la muerte del mártir perdonando a sus captores, con pasmosa serenidad y recogimiento espiritual, señalan la extraordinaria realidad de la gracia martirial ya explicada por el propio san Policarpo a comienzos del siglo II junto a la recomendación de esconderse, de modo que pudieran confiar los cristianos de todos los tiempos en la ayuda del Espíritu Santo en la hora terrible de la prueba que es el martirio.

Como recuerda el cardenal de Madrid en el Prólogo que enriquece este magnífico trabajo, se produce la feliz coincidencia de la publicación de este Martirologio Matritense del siglo XX, con el año mariano y jubilar que celebra la archidiócesis madrileña con motivo de los XXV años de la consagración y dedicación de la catedral de la Almudena por el Santo Padre san Juan Pablo II. De hecho, hay muchas referencias a las invocaciones a la Virgen en el momento del martirio de estos sacerdotes junto al grito tradicional de “viva Cristo Rey”.

Asimismo, recuerda el cardenal Osoro las palabras de san Juan Pablo II sobre la importancia de conservar la memoria de los mártires, pues ellos nos han de ayudar a los madrileños del siglo XXI a ser fuertes, con la ayuda del Espíritu Santo para dar la cara por Jesucristo en nuestro tiempo, e incluso a ser mártires sin morir. Aparecen las fichas de don José María Vega y don Lino Vega.

José Carlos Martín de la Hoz

RICCARDI, A., *El siglo de los mártires*, ediciones Encuentro, Madrid 2019, 585 págs.

El pasado siglo XX que acabamos de terminar, fue caracterizado por san Juan Pablo II como “el siglo de los mártires” y, también, se podría afirmar, a la vista del desarrollo de los primeros años del nuevo siglo XXI, que éste podría terminar por denominarse de la misma manera. En efecto, el profesor especialista en historia contemporánea, Andrea Riccardi (1950), fundador de la Comunidad de San Egidio (1968) para el impulso del diálogo y la paz en el mundo entero, y buen conocedor de la historia de la Iglesia de nuestros días ha elaborado un magnífico trabajo sobre la materia del martirio en la actualidad, que ahora deseamos reseña. Esta obra constituye el volumen primero de la

colección “Mártires del siglo XX” que dirige en ediciones Encuentro, el Obispo Auxiliar de Madrid, Mons. Juan Antonio Martínez Camino.

El trabajo que ha servido como base al voluminoso ensayo se apoya no sólo en la historiografía contemporánea y en los conocimientos e investigaciones del prof. Riccardi, sino sobre todo, en la documentación que llegó a Roma procedente del mundo entero con motivo del jubileo del años 2000, con la que las diócesis respondían, a la petición de san Juan Pablo II que buscaba guardar la memoria de los mártires del siglo XX (p. 19, 21) y aprender de ellos a ser valientes para vivir y extender nuestra fe en la actualidad unidos por la comunión de los santos.

Ya en la introducción del trabajo, el profesor Riccardi recuerda que el siglo XX es teóricamente el siglo de la implantación y consolidación de la democracia como sistema político y social en muchos países del mundo, y también del desarrollo de la cultura y la globalización de los mercados, pero que no han ido acompañados por el respeto a la libertad religiosa (p. 10-11).

Resulta de un gran interés comprobar cómo la persecución sistemática que sufrieron los creyentes tanto cristianos, como judíos y musulmanes, durante el nazismo y el comunismo, sirvieron, por el contrario para avivar la fe de muchos de ellos y provocar la oración y la confianza en Dios, incluso la oración ecuménica (p. 188, 211). Recuerda Riccardi que desde la “noche de los cristales rotos” en la catedral católica de Berlín se rezaba todos los días por el pueblo judío (p. 160).

Asimismo, subraya Riccardi desde el comienzo que estamos hablando de mártires, es decir, de personas de toda clase y condición, a los que se tortura y se martiriza violentamente no por lo que son, sino por lo que creen, es decir, por odio a la fe cristiana (p. 48). También es importante recordar que muchos de los mártires son obispos, sacerdotes, seminaristas, religiosos, pero también son muchos laicos, casados y solteros, jóvenes y ancianos, que tiene de común el defender su fe frente a quienes buscan su apostasía o el exterminio de la Iglesia como obstáculo a sus planes de implantación de sus ideas políticas o religiosas (p. 30). Resulta de un particular interés la búsqueda sistemática de los perseguidores en lugar destruir al cristiano y a la persona humana como manera de doblegarles (p. 165). Mientras, a los mártires la fe les hizo libres (p. 233) y capaces de perdonar a sus perseguidores (p. 172).

José Carlos Martín de la Hoz

SARANYANA, J.-I., *La teología cristiana a la Modernitat. De l'albada del segle XVI al llindar de la Il·lustració*, Cosdsetània Edicions, Barcelona 2019, 188 págs.

La historia de la teología que se escribió y se desarrolló durante el extenso periodo que va desde la ruptura luterana, que arrancó en el comienzo del siglo

XVI, hasta nuestros días, ha experimentado un enorme crecimiento e interés en los últimos años, merced a la celebración del V Centenario de las famosas tesis de Wittemberg o, dicho de otro modo, de la irrupción pública de las ideas de Martín Lutero.

También desde el ángulo protestante, se ha venido concediendo más importancia al estudio de la Tradición, tanto de los Padres de la Iglesia como de la propia Liturgia y, aunque falte interés por el magisterio, todo ello redundará, sin duda, en el futuro del ecumenismo, en una mejor comprensión hacia la unidad.

Precisamente, en estos días ha sido publicada la última obra del gran maestro de la Historia de la Teología y de la Filosofía medieval, el profesor Ordinario emérito de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, doctor Josep Ignasi Saranyana (Barcelona, 1941). Académico de la Historia y activo miembro del Pontificio Comité de las Ciencias Históricas, que aborda, entre otros interesantes asuntos, las causas, desarrollo y decadencia de las tesis teológicas defendidas por Lutero.

Asimismo, se da la feliz coincidencia con la publicación de la noticia de la próxima y solemne canonización del beato cardenal Henry Newman (1801-1890), que seguramente, tendrá lugar en la plaza de san Pedro, en el año 2019, por el Santo Padre Francisco. Newman era un hombre volcado en el estudio y la investigación patristica y fundador del Oratorio en Inglaterra. En efecto, con la canonización de Newman, parece muy conveniente estudiar la teología de Europa y, en ese marco se encuadra la publicación del último trabajo del profesor Saranyana, que recoge muchas ideas de los congresos de la Pontificia Comisión Histórica, pues parece como si el Santo Padre quisiera que revaloricemos los esfuerzos intelectuales del santo inglés para alcanzar la tan ansiada unidad de la Iglesia.

Efectivamente, después de cinco siglos, el profesor Saranyana nos dirá a propósito del diálogo intelectual de católicos y protestantes: “La questió, que ara, després de córrer tanta aigua sota els ponts del Tíber, sembla una mica més clara, aleshores s’oferia com un dia tan boirós que non es veu la roba estesa del veí. Finalment, i després de molt llegir i discutit, els teòlegs tridentins es va adonar que la "novetat" luterana consistia en la rebuig de tota "justificació activa" (o, el que és el mateix, l’acceptació de només la "justificació pasiva"). Enseguida, añadirá, para ampliar el campo de visión de su obra y de la cuestión a Calvino con sus peculiaridades: Aquesta "novetat" també es pot rastrejar en Calví i els altres novatores, i va penetrar d’esquitllada en el catolicismo, bé que amb modalitats diverses, ja que la trobem en Baius et Jansen” (p. 10).

José Carlos Martín de la Hoz